

Ciencia, libertad y paz

Por Germán Bernácer

La libertad es tema que vuelve a hora constantemente bajo la pluma de los escritores británicos. Esto ocurre siempre que se teme el peligro de perder algún bien querido. Y no cabe duda que el peligro de perder éste es grande. Antes, la libertad sólo era combatida por los elementos francamente reaccionarios; hoy, que se ha hecho conservadora, quienes la combaten, o al menos preconizan sistemas que conducen fatalmente a su restricción progresiva, son los izquierdas, en nombre de principios de justicia distributiva, de evitación del paro, de regularización de los mercados, motivos económicos en suma. Y el peligro resulta tanto más grande, cuanto que son amplias zonas de la democracia social las conquistadas por esas doctrinas.

No hace mucho, comentábamos en estas mismas columnas un libro del doctor Baker, que protestaba, en nombre de la libertad, contra las tendencias totalitarias que amenazan con dictar a la Ciencia el plan de sus investigaciones, inspirándose en criterios de conveniencia circunstancial o política. Hoy es un literato, doblado de filósofo o ensayista (1), el que, tomando un tema de gran analogía, desarrolla una tesis en cierto modo opuesta. El argumento común es el temor por la libertad, pero el peligro lo ve Huxley, no para la ciencia, sino precisamente del lado de la ciencia. Este párrafo, citado de Tolstói, con que encabeza su pequeño libro, puede considerarse como su *leitmotiv*: «Si el ordenamiento de la sociedad es malo, cual lo es el de la nuestra, y un pequeño número de gentes tienen poder sobre la mayoría y la oprimen, toda victoria sobre la Naturaleza servirá tan sólo e inevitablemente para aumentar ese poder. Esto es lo que está sucediendo efectivamente.»

Bajo los efectos de la tendencia a inmiscuirse la autoridad cada vez más en los asuntos privados, parece que volvemos a una situación de tutela social, análoga en cierto modo a la que existiera en la Edad Media, pero los instrumentos de coerción y control de que hoy dispone el poder público son muy superiores a los que entonces había. No existían a la sazón libertad económica ni libertad política, por lo menos no se las reconocía como derechos del individuo, pero se estaba más cerca de la Naturaleza y de la libertad que ésta ofrece a quien se aloge a ella. Hoy, los medios de comunicación han reducido el espacio libre, y una autoridad que posee el tanque, el lanzallamas y el bombardero, puestos si es preciso al servicio de la policía, hace inútiles todas las viejas técnicas de la revolución popular. Pero no es sólo del lado de las armas donde ve Huxley el auxilio que la técnica moderna, a causa del progreso de la ciencia, pone al servicio de la dominación política; otro auxiliar de ésta son los medios de propaganda modernamente creados con la prensa, la radio y el cine; lo que Marco Antonio apenas pudo hacer llegar a la multitud agrupada alrededor del cuerpo de César, hoy lo podría hacer oír fácilmente al mundo entero. Esto ayuda a poner a los muchos a merced de los pocos.

Dotando a la oligarquía dominadora de instrumentos más eficaces de coerción y

persuasión —dice Huxley—, la ciencia aplicada ha contribuido directamente a la centralización del poder en manos de los menos. A este efecto directo se han venido a sumar dos, indirectos, del progreso técnico: uno, la introducción en la economía agrícola e industrial de la producción y distribución en gran escala; el otro, la creación de una inseguridad económica y social que impulsa a los amenazados, tanto capitalistas como trabajadores, a buscar la ayuda del Estado. La centralización de la capacidad industrial en grandes factorías, el otro efecto del avance técnico, ha acadyrado al mismo resultado, por la concentración de la población en grandes ciudades, y la reducción de un número siempre creciente de individuos a la independencia de unos pocos capitalistas privados y directores de Empresa.

El adelanto científico, no sólo ha alterado las condiciones materiales de la vida social y el desequilibrio entre la sociedad y el individuo; ha cambiado también las disposiciones mentales de la gente. Se ha creado una especie de mística del progreso indefinido, totalmente extraña a la mentalidad de los hombres anteriores al siglo XVIII y contraria a la ortodoxia cristiana; mientras la verdadera mística pone su ideal en una vida futura, supraterránea, de que la miseria y dolor de la presente es precio, esta pseudo mística coloca su esperanza en una Edad de Oro que el progreso ha de traer sobre la Tierra, y que justifica las miserias actuales, y aun las mayores atrocidades. Para abreviar su llegada, se aplican *métodos científicos*, los cuales consisten esencialmente en substituir a la diversidad la identidad. Esto, que se halla justificado en la ciencia por la dificultad de abarcar la complejidad de los hechos, en manos del proyectista político se traduce en la adopción de un patrón y la supresión violenta de todo y de todos los que no se ajusten a él. Semejante «planchado» de la Humanidad, que aspira a suprimir las idiosincrasias individuales, no puede ser más repulsivo para el artista, que tiene en lo individual su asunto. Esta conciencia pseudo científica ha reemplazado a la conciencia moral que, aun para los mayores déspotas de otro tiempo, educados en una doctrina cristiana, musulmana o budista, había de crear, en lo hondo de su ser, el sentimiento del pecado en su conducta; para el moderno déspota, el deber consiste en ajustarse a la norma, que él cree científica, y abandonar todo *prejuicio*. El autor parece escribir pensando principalmente en Rusia, cuyo ejemplo cita a menudo. La pedantería científica ha deshumanizado la política, haciéndola desembocar en el cinismo, un cinismo que llega a todos los extremos. ¿No es frecuente ver a cualquier capitote, tras fuga de sus deberes para con la Patria, rimbombante de autosuficiencia, que tras de ocupar pingües cargos públicos y de hacerse oír en ellos de todos los cohechos, favoritismos y atrocidades, que le harían candidato de presidio en un país justo, erigirse en defensor en la prensa de los austeros principios patrióticos y sociales, culpables aún al precio de la indigencia, de la indigencia de los demás, naturalmente?

Huxley, que es un pacifista, se muestra pesimista en cuanto a la posibilidad de que la paz futura pueda surgir de tales

condiciones. Si los gobernantes fomentan la investigación científica, no es por afanes desinteresados, móvil de la verdadera ciencia; es porque han visto en el progreso técnico el principal instrumento para aumentar su dominación y realizar aspiraciones imperialistas o nacionalistas, lo cual lleva fatalmente a la guerra en suanto la oligarquía política de un país cree encontrarse en superioridad sobre los demás. «No nos dejes caer en la tentación», dice el Padrenuestro, frase de suprema sabiduría, que estima en su valor la humana fortaleza moral.

Muchos de los argumentos que aduce Huxley pertenecen a la tónica pacifista. Quizá dos merecen destacarse: —En el actual régimen económico, que tiende a la depresión, los armamentos constituyen un medio para salir de ella, porque son los únicos productos que se fabrican sin preocupación del coste. —No es una justificación, para la concentración del poder, el que haya de ser ejercida por una oligarquía socialista benévola, porque, según las palabras de Middleton Murry, el socialismo por autocracia u oligarquía no es socialismo, ni nada que se parezca. Cuanto más, que la benevolencia no resiste a los efectos del ejercicio del poder; habría que ser santo, y los santos no desean el poder, ni los poderosos están dispuestos a pagar el precio de ser santos.

¿Cómo podrían contribuir los hombres de ciencia a abolir la guerra? En primer lugar, negándose a colaborar en todo lo que sirva para matar, torturar o ahorrear a los demás hombres. Claro que esto ha de limitarse a la ciencia aplicada, pues la investigación es abstracta y desinteresada, sin finalidad precisa. ¿Quién pudo decir a Maxwell que sus ideas geniales servirían un día para anunciar específicos, ni a Einstein, que serían la base de la bomba atómica? (Aquí podríamos encontrar un punto de coincidencia entre Huxley y Baker, a pesar de sus tesis aparentemente opuestas.) La misión de la Ciencia aplicada debiera ser ocuparse en satisfacer las necesidades básicas de los humanos, especialmente las alimenticias, ahora tan urgentes. ¿No es sintomático que la conferencia de San Francisco relegase a un oscuro Subcomité esta apremiante cuestión, para dedicar sus sesiones a problemas políticos y de poder?

Habría que llegar a un control de la ciencia aplicada, en todos los países, y no sólo en los vencidos, pero Huxley no nos da los medios de realizarlo. Cita el aforismo de Hipócrates: «No prevalece profesionalmente de su posición, y recordar siempre sus responsabilidades para con la Humanidad doliente.» Preconiza un voto semejante por parte de los hombres de ciencia: «poner la suya al servicio de la Humanidad, contra las fuerzas destructivas y los intentos despiadados de los hombres, colaborando con sus colegas, sin distinción de raza ni nación, a ese fin común», es decir, una especie de internacional científica.

Desgraciadamente, mientras no cambien radicalmente las cosas, mientras la fatalidad de una organización social poco acertada lleve a los hombres a una especie de suicidio colectivo, estamos relegados a oraciones y buenos propósitos; de estos últimos se dice que está empedrado el infierno.

(1) Aldous Huxley: «Science, Liberty and Peace», 1947 (Chatto & Windus) Londres.